

CURSILLOS DE CRISTIANDAD - UN MOVIMIENTO SEGLAR

Referencia: Envío Nacional de Cursosillos – octubre 2011

“Dios me escogió desde antes de nacer y por su mucho amor me llamó. Cuando quiso, me hizo conocer a su Hijo, para que yo anunciara su Evangelio. Y no fui a consultar con nadie, ni tampoco fui a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes que yo”. (Gálatas 1, 15-17)

Unos utilizan la expresión laico, otros prefieren llamarlo seglar. Seglar o laico, aquí lo entendemos con un mismo significado, referido a nosotros, los bautizados que no hemos recibido la “imposición de las manos”, acto que se conoce como la “ordenación”, o sacramento de las órdenes sagradas.

Desde principios del siglo XX se viene hablando de la presencia y acción de los laicos en la vida pública eclesial y del apostolado laical. Lo primero es una esperanzadora alegría. Lo segundo, el apostolado laical, no es novedad de hoy sino de siempre.

En el Evangelio encontramos numerosos “gestos” de Jesucristo en los que invita a los “laicos” al apostolado. Inmediatamente después, San Pablo reitera la invitación evangélica anunciándolo por todos los lugares que recorre.

En el siglo pasado se refirió al laicado como el “gigante dormido”. Ese “gigante” fue despertándose poco a poco. Aislado y personalmente en algunos casos. Y también, por voces destacadas y cátedras de teología fundamentando la misión, un tanto “olvidada” del laicado en la Iglesia.

En la actualidad, el gigante está despierto y con vitalidad. La “normalidad” de la participación activa del laico en el trabajo misionero de la misión de la Iglesia, en íntima *comunió*n, que es la concordia amorosa según el espíritu de San Cipriano en el seguimiento de Cristo, es una alegría para el Señor.

No importa que el camino todavía sea pedregoso. Esa íntima *comunió*n hará que vayan desapareciendo las piedras y se allanará el camino.

Sin duda que el Concilio Vaticano II, así como “*Christifideles Laici*”, han sido energía y han hecho de motores de impulsión para este despertar de los laicos fieles de Cristo (*Christifideles Laici*).

El apostolado de la Buena Nueva del Evangelio es de todos. No es un rol solamente de la jerarquía. En los 72 misioneros, a los que se refiere San Lucas, estamos representados todos porque el « ¡Id! » del Evangelio “se dirige y se extiende a todos” (*Christifideles Laici* 2.4).

“Dios me escogió desde antes de nacer y por su mucho amor, me llamó. Cuando quiso, me hizo conocer a su Hijo, para que yo anunciara su Evangelio. Y no fui a consultar con nadie, ni tampoco fui a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes que yo”. (Gálatas 1,

15-17) Así lo proclama San Pablo, el patrón de Cursillos, el primero y el más grande “*Christifideles Laici*”. ¡Todos somos Pablo!

En esta “edificación” del “Id”, todos los que creemos en Cristo formamos una misma plataforma, porque el bautismo nos hermana a todos como reyes, profetas y sacerdotes.

En la Iglesia nadie es sólo pescador, o sólo pastor, y nadie es sólo pez, o sólo oveja. Cuando todos los bautizados son peces y pescadores a la vez, entonces se abre un gran campo de acción para los laicos.

El Cuerpo místico, que formamos todos es un solo cuerpo (1 Cor 10,17) y cada uno miembro del otro (Rom 12,5), creciendo para Dios, compacto y estructurado mediante los ligamentos y articulaciones, (Col 2, 19) siendo Cristo la cabeza de este cuerpo e identificándonos a Cristo por medio del bautismo (1 Cor 12, 13). (*Lumen Gentium* 7). Entonces ocurre que cuando se echan las redes y es grande la pesca, los de la barca, que han llenado las redes, hacen señas a sus compañeros de la otra barca para que vengan a ayudarles.

Esta es la doctrina de *Lumen Gentium*, cuando proclama la igualdad y unidad de laicos y clérigos dentro del Pueblo de Dios, identificando a este Pueblo por la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en un sacerdocio común, por la gracia de Dios, aportando cada grupo sus dones a los demás de manera que el conjunto y cada una de sus partes se enriquecen con el compartir mutuo y con la búsqueda de la plenitud en la unidad. Para que cada uno con el don que ha recibido se ponga al servicio de los demás como buenos administradores de la múltiple gracia de Dios (1 Pe 4,10).

Sin duda que hay dificultades. Siempre ha existido la “ilusión” de sentarse a la derecha o a la izquierda del “maestro”. Al que le ha cabido la gracia de ser “poderoso” se le olvida a menudo, guiado de buena fe sin duda, que el “grande” ha de ser “servidor, siervo de todos” (Mc. 10, 41.45). Nada es nuevo. Seguimos los mismos caminos de siempre y nos encontramos con las mismas gentes.

Está constatado, que “el camino posconciliar de los fieles laicos no ha estado exento de dificultades y de peligros. (*Christifideles Laici* 2.12)

Ocurre a veces, y lo decimos en la medida en que brota de las exigencias del amor y donde quiera que la Iglesia nos invite a ser Iglesia, que haya quienes, aún actuando con espíritu de servicio y desde la buena fe, se arrogan un lugar eclesial injustificado e intolerable.

Aquí y hoy... esta es la hora de los laicos. Aunque, como dice S. Rylko «no es fácil ser un laico en el mundo actual» y «ser laico en nuestros tiempos requiere coraje», es la hora de los laicos, porque «los laicos son irremplazables en la tarea de evangelización».

¡La nueva evangelización se hará sobre todo por los laicos, o no se hará!

Hay que dejar de considerar “por una parte” al clero y “después” al laicado. Hay que dejar de fijar la atención en uno o en otro. Será la manera de empezar a deshacer “nudos” que entorpecen la vida de la Iglesia.

Para conseguirlo, una de las muchas vías está en dejarnos llevar por las grandes intenciones conciliares.

Una de las muchas vías está en dejar de hacer entusiastas afirmaciones cuya efectividad acaba en el momento de terminar de pronunciarlas.

Una de las muchas vías está en poner coherencia entre lo que anunciamos con lo que vivimos.

Una de las muchas vías está en poner la “frase” completa porque sumar “parte” de aquí con “parte” de allá, lo que se obtiene es un resultado de medias verdades.

Queremos declarar, expresamente y para evitar dudas de intenciones oscuras, que con esto no solo no se está negando a los ordenados, al clero, el lugar que les corresponde en la vida de la Iglesia, sino que sale de nuestro corazón la más firme y clara declaración de amor y admiración por el sacerdocio.

Pero como oímos a Benedicto XVI, “Es algo hermoso de que sin iniciativa de la jerarquía, con una iniciativa de la base, como se dice, pero también con una iniciativa realmente de lo alto, es decir, como don del Espíritu Santo, nazcan nuevas formas de vida en la Iglesia como por otra parte han nacido en todos los siglos.”

Somos los laicos de los movimientos eclesiales los sucesores de esos 72, en palabras de R. Cantalapiedra.

El título de “fieles laicos”, (*Christifideles Laici*) es hacer, el honor de esta verdad, Cursillos de Cristiandad es un Movimiento eclesial seglar.

Desde el laicado en los años 40 tras un estudio profundo de los ambientes se originó la Esencia y Finalidad de los Cursillos y la base de la Metodología.

Se hizo llegar la “idea” a los “ordenados” y éstos la bendijeron hasta con las dos manos. Hubo concordia amorosa, *comuni6n*, entre clero y laicos.

Cursillos surge del laicado para llevar la Buena Nueva concretamente a los ambientes en que cada uno vive.

Cursillos nace, no como una respuesta de la iglesia al mundo, sino como una manera de comunicar al hombre que Dios le ama. Fueron pensados, estructurados y rezados no para evangelizar el mundo sino al hombre. Los Cursillos surgen para fomentar hambre de Dios en el mundo y en el marco donde crece y se desarrolla corrientemente lo cristiano.

La finalidad que buscó la “idea” Cursillos no fue para hacer cosas, asistir a actos, hacer que asistan a actos, sino para que creciéndose y desarrollándose donde Dios le ha plantado, con fe, con esperanza y con caridad, hecha vida por su conexión con Cristo, puedan ser manantial inagotable de sentido, emisores de autenticidad e impulsores de energía y alegría evangélica en la familia, en el trabajo y en la diversión.

“El método de Cursillos quiere contribuir a cambiar en sentido cristiano los ambientes donde las personas viven y actúan, mediante la inserción de hombres nuevos que han llegado a serlo gracias a su encuentro con Cristo...” (Juan Pablo II). Permaneciendo cada cual en el estado en que fue llamado, (1 Cor 7, 24) porque a nadie hay que sacarle de su costumbre de atender a la familia, al trabajo, al ocio, sino convertir su forma de atender haciendo de la gracia un modo de orientarse.

Los Cursillos, como todo lo humano, no son perfectos, pero la confusión y los líos empiezan cuando sin una idea cabal de por qué fueron pensados, se pretende llevar la generosidad que por la gracia de Dios, suscitan a lo que a cada uno le parece lo mejor.

En Cursillos se afirma una línea seglar porque la estrategia se centra en la persona y los ambientes, antes que en las estructuras.

El apostolado cuyo desarrollo se orienta más específicamente en las estructuras intra parroquiales, ya existía con anterioridad y sigue teniendo vida. Un apostolado, sin duda, excepcional y extraordinario, que se lleva a cabo mediante su pastoral. Un apostolado que, sin duda, es muy bueno y eficaz para los “obreros” que fueron llamados a la viña desde la primera hora, pero que no resulte que cuadre en la entrega apasionada de un recién convertido. Porque la estructura parroquial se muestra a la vez demasiado estrecha y demasiado basta para satisfacer las necesidades de la pastoral y de la formación del conjunto de los fieles. La parroquia u otras estructuras de iglesia, no parecen ser la plataforma más adecuada y menos aún la exclusiva para llegar a ciertos sectores, especialmente a los más alejados y fermentarlos en cristiano.

Cursillos dirige el enfoque no de forma exclusiva aunque sí especialmente, a los alejados, que no participan en los actos parroquiales o asisten a los mismos de forma rutinaria, sin que les duela el no participar en ellos. Si bien es más cierto que, cuando la parroquia precise una colaboración puntual, siempre estará prestada con sencillez, sin invadir campos ni asumir roles que pertenecen a otras parcelas.

Eduardo Bonnín siempre destacó de forma contundente, clara y concreta que Cursillos es un Movimiento de iniciativa seglar, en el que los sacerdotes colaboran con su papel fundamental. Que Cursillos solo puede tener perseverancia y crecimiento “mediante el ensamblaje perfecto entre seglares y sacerdotes”. El Cursillo, hoy más que nunca, tiene que estar firmemente asentado en la fe que vive en unión estrecha, cordial y amistosa con todos, seglares y sacerdotes,... sin “mandonismo” ninguno de nadie, con santo real miedo, con asombro continuado y con la sobrenatural naturalidad, no de creer saber, sino de saber creer. Es evidente que el Movimiento de Cursillos, puede llevar la Buena Nueva a los lugares más alejados y ajenos al radio de acción normal de los ordenados. Cursillos, como Movimiento eclesial seglar se hace realidad en la persona que vive el Bautismo, anunciando la Buena Nueva del Evangelio, el Amor de Dios, mediante

testimonio en los lugares que recorre el metro cuadrado en el que está enclavado de los ambientes en que habita: la casa, el trabajo, los lugares de ocio. Pero siempre en unión íntima con los sacerdotes.

Oremos juntos, sacerdotes y seculares, para que en el metro cuadrado de nuestro alrededor, en los sitios de cualquier ambiente en el que nos encontremos, al encontrarnos con cualquier hermano derrochemos Amor (Lc 10. 25-29 y Mc 12, 31) con espíritu samaritano (Lc 10. 30-37).

Porque Iglesia somos todos. No somos Iglesia, o más Iglesia, porque se ocupe un puesto o un cargo o una misión más o menos cualificada o importante.

No. Somos Iglesia porque estamos bautizados y confirmados en la Fe en Jesucristo.

Ultreya!